

La reescritura pragmática del pasado en la filosofía de G.H Mead

Gabriela Dranovsky / Universidad de Buenos Aires, Argentina

Recibido el 31 de agosto de 2016. Aceptado el 26 de octubre de 2017.

> Resumen

En el presente trabajo nos proponemos presentar la filosofía de la historia de G. H Mead en tanto filósofo pragmatista. Para ello exploramos sus nociones de pasado y de presente, cuál es su concepción de la tarea que desarrolla el historiador, cómo plantea el problema de la referencia al pasado histórico y, por último, nos centramos en el lugar que le da el filósofo a la posibilidad de reescribir el pasado.

Para Mead existe una tensión entre la aceptación de los historiadores de la emergencia como un nuevo acontecimiento que no se encontraba allí previamente y la afirmación de los mismos historiadores de que hay una relación de necesidad entre el pasado y el presente. En este último caso, lo emergente dejaría, por lo tanto, de ser emergente y se seguiría necesariamente del pasado. Nos proponemos reconstruir la respuesta meadeana a la contradicción entre emergencia y necesidad, en el caso específico de la historia.

Sostenemos que Mead elaboró una teoría que permite congeniar la consideración de la historicidad de la propia historia que hace que cada época reescriba el pasado de manera no conmensurable, con una estrategia eficaz de rechazo al escepticismo del conocimiento histórico. La alternativa al realismo metafísico no es ninguna forma de escepticismo.

» *pragmatismo, filosofía de la historia, reescritura del pasado, ontología del tiempo histórico, emergencia y necesidad.*

> Abstract

In the current work, we propound to introduce G. H. Mead's philosophy of history as a pragmatist philosopher. For that purpose, we explored his notions of the past and present, what his conception of the historian's labour is, the way he poses the problem of the reference to the historical past and, finally, we focused on the place given by the philosopher to the chance of rewriting the past.

According to Mead, there exists a tension between the acceptance of the emergence historians', as a new event that did not exist there previously, and the assertion of the same historians who

support that there is a relation of necessity between the past and the present. In the latter case, the emerging would stop being; therefore, “emerging” and it would necessarily be a continuation of the past. We intend to rebuild the Meadean answer to the existent contradiction between emergence and necessity, in the specific case of history.

We claim that Mead elaborated a theory that allows the consideration of the historicity of the history itself which makes each age rewrite the past in an incommensurable way, with an effective strategy of rejection to the scepticism of the historical knowledge. The alternative to the metaphysic realism is not any form of scepticism.

» *pragmatism, philosophy of history, rewriting of the past, ontology of the historical time, emergence and necessity.*

> La teoría del conocimiento pragmatista

La escena pragmatista en la filosofía norteamericana

El pragmatismo fue un movimiento filosófico que nació en Estados Unidos a finales del siglo XIX a partir del pensamiento de Charles Sanders Peirce y William James, quienes junto con John Dewey y George Herbert Mead son considerados los grandes representantes del pragmatismo clásico. Las grandes diferencias, incluso a veces contradicciones, entre estos cuatro pensadores tornan muy difícil considerar al pragmatismo clásico como una *escuela* filosófica (Faerna, 1996: 1). Pero, lo que sí podemos encontrar en sus obras es un *parecido de familia* y la recurrencia de ciertos temas comunes: un cuestionamiento acerca de la existencia de fundamentos fijos y seguros sobre los que pueda descansar la investigación filosófica, una falibilidad intrínseca de cualquier investigación, la valoración de la ciencia experimental, el anti-reduccionismo, el anti-determinismo mecanicista, el naturalismo, entre muchos otros (Bernstein, 1993).

La historia de la recepción del pragmatismo en la filosofía es muy accidentada. No sólo porque no se constituyó en una escuela o teoría (fue más bien un grupo de pensadores autónomos, con una falta de unidad doctrinal y un rechazo por cualquier forma de ortodoxia), sino porque hay una imagen distorsionada de la filosofía pragmatista como una corriente instrumentalista y anti-intelectual que atraviesa aún hoy los grandes departamentos de filosofía de América y del mundo (Faerna, 1996: 2-4).

Esta visión simplificada del pragmatismo lo diluye en una concepción analítica de la filosofía e incluso “creció el mito (y desafortunadamente quedó atrincherado¹) de que el pragmatismo es una anticipación del positivismo lógico” (Bernstein, 1993).

Pero el pragmatismo no puede ser reducido a una concepción analítica porque si bien tiene la pretensión de aclarar los conceptos que se utilizan en la disciplina, sólo lo hace como medio para *potenciar la acción* (Faerna, 1996: 2).

¹ En el original en inglés *entrenched* que también podría ser traducido como arraigado.

Este objetivo fue precisamente el origen de la imagen distorsionada de la concepción pragmática, pero

muy al contrario, el espíritu del pragmatismo se resumía en recuperar para la razón y los valores *humanos* el dominio sobre una acción irreflexiva y opaca, que sobre todo en la cultura moderna, amenaza con imponer a los individuos su propia lógica deshumanizada, y en restituir al mismo tiempo a la práctica, entendida latamente como las diversas formas de experiencia real y concreta, en el lugar que le corresponde como destino último y verdadero juez de los productos del pensamiento. (Faerna, 1996: 2).

Desde un principio los orígenes del pragmatismo estuvieron ligados a la Universidad de Harvard. Se conoce como *primer departamento* al núcleo de filósofos que daba clases en Harvard alrededor de 1860, entre ellos Josiah Royce, William James, George Santayana y Charles Sanders Peirce. El *segundo departamento* representado por William Ernest Hockig, C.I Lewis y Alfred North Whitehead², entre otros, tiene lugar hasta 1930 aproximadamente (Faerna, 1996: 38). Si bien podemos advertir que no todos los filósofos de Harvard eran pragmatistas, la historia de este movimiento y la de esta universidad se encuentran plenamente vinculadas, a través de James, Peirce y Lewis, entre otros.

Para completar la escena filosófica que estamos intentando establecer debemos tener en cuenta tres hitos más que marcaron la década de 1860 en el mundo y en Estados Unidos en particular: en primer lugar, la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin, en 1859; en segundo lugar, el estallido de la guerra civil norteamericana, en 1861; y, en tercer lugar, la publicación de *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy*, de John Stuart Mill, en 1865, que fue “un despiadado ataque contra el realismo metafísico del escocés que, pese a provenir de las filas del enemigo escéptico e impío, tenía la suficiente contundencia como para hacer declinar la estrella de esta peculiar acomodación de la filosofía kantiana” (Faerna, 1996: 45).

Por último, quisiéramos relacionar al pragmatismo con la tradición empirista anglosajona. Ambas corrientes sostienen que “no hay más fuente y fundamento para el conocimiento que la experiencia, y que a través de ésta, de acuerdo con procedimientos de investigación y prueba cuya expresión más acabada (pero no exclusiva) se da en la ciencia y sus métodos, se alcanza el único saber sustantivo y garantizado” (Faerna, 1996: 66).

Parecidos de familia: la base común de los filósofos pragmatistas

En el apartado anterior establecimos que no existe una doctrina que reúna los principios del pragmatismo. Sin embargo, no podemos dejar de nombrar la recurrencia de ciertos temas en los filósofos pragmáticos clásicos:³

Primero, el objetivo de “lograr una síntesis conceptual entre la interpretación del hombre como ser que piensa, que juzga y que comprende, y la interpretación del hombre como ser que actúa, que proyecta, que toma decisiones y que valora” (Faerna, 1996: 7, énfasis original).

² En el capítulo 3 de esta tesis se apreciará la importancia de la Filosofía de Whitehead para George Herbert Mead.

³ Por motivos estilísticos se utilizará *pragmatistas* y *pragmáticos* de manera intercambiable.

No se puede realizar un análisis antropológico más que integrando estas dos dimensiones del ser humano como realidad natural y como ser pensante. Si bien el hombre es cualitativamente diferente del resto de los animales en base a su consciencia, ésta debe ser comprendida en continuidad con la realidad no consciente. La consciencia no es un salto espiritual *hacia afuera* de la naturaleza. Abolviendo la escisión ontológica entre mente y naturaleza se pretende eliminar el dualismo antropológico entre pensamiento y acción (Faerna, 1996: 8).

Este objetivo es clave para comprender por qué los pragmatistas tienden a desdibujar los límites disciplinares entre la epistemología, la lógica, la pedagogía, la ética, la política, etc., en especial John Dewey y George H. Mead.

Segundo, la filosofía analítica tiene como objetivo la búsqueda de librar a la teoría de conceptos obtusos y estériles, adoptando una metodología específica, y la crítica a la existencia de representaciones privilegiadas para acceder a una realidad superior (Faerna, 1996: 10).

Una gran parte de los problemas filosóficos se solucionarían mediante una transformación de los conceptos y la máxima pragmática de Peirce⁴ es el método adecuado para el análisis del significado. La máxima de Peirce es una regla para “aclamar el contenido real de los conceptos empíricos mediante su conexión con la acción posible” (Faerna, 1996: 11).

Este método compartido por los empiristas clásicos será el realismo pragmático cuando se trata de Peirce, el empirismo radical y el pluralismo cuando se trate de James, el instrumentalismo en Dewey y el conductismo social en Mead. Pese a sus diferencias, todos tienen una afinidad metodológica “a la hora de abordar cuestiones como la interpretación general del conocimiento y la experiencia, el concepto de racionalidad, la relación entre el juicio y la acción o la mediación social del conocimiento y de los valores” (Faerna A. M, 1996: 11).

Tercero, el pragmatismo tiene como objetivo la negación del subjetivismo escéptico que recluye al hombre en un mundo de representaciones propias que nunca alcanzan al objeto real: “contra lo que les parecía un subjetivismo excesivo en la filosofía moderna, los pragmatistas subrayaban la prioridad de las dimensiones intersubjetivas, sociales y comunales de la experiencia, el lenguaje y la investigación” (Bernstein, 1993).

Pero también, propusieron el rechazo de un objetivismo conductista que postula una teoría de la observación intersubjetiva de fenómenos externos y excluye cualquier referencia a la consciencia (Faerna, 1996: 14).

Como se puede advertir, tanto el subjetivismo escéptico como el objetivismo conductista renuncian a la síntesis perseguida por el espíritu pragmático.

Cuarto, la persistencia de un interrogante sobre los fundamentos de cualquier forma de investigación en general y de la filosofía en particular. “Los pragmatistas desafían la tácita presuposición

4 “Consideremos qué efectos, que puedan tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos es el todo de nuestra concepción del objeto” (Faerna, 1996: 110).

de la mayor parte de la filosofía moderna, de que la racionalidad y la legitimidad del conocimiento requieren fundamentos necesarios” (Bernstein, 1993).

La investigación no precisa fundamentos y dicha afirmación no desemboca en un escepticismo radical, como vimos en el punto anterior, pese a la falibilidad intrínseca de cualquier pesquisa (Bernstein, 1993).

Quinto, el pragmatismo tiene como objetivo la negación de cualquier distinción entre Filosofía y el resto de las ciencias, y la pretensión de llevar la ciencia experimental y falibilista al campo filosófico sin reducir todo conocimiento legítimo a las ciencias físicas.

Peirce (...) quería traer el ‘hábito de la mente de laboratorio’ para interesarlo en cuestiones filosóficas. La suave caracterización de Dewey de su propia orientación filosófica no era ‘pragmatismo’ sino ‘experimentalismo’ (Bernstein, 1993).

Sobre George Herbert Mead y su obra

George Herbert Mead nació en Estados Unidos en 1863. Comenzó su formación en Harvard, donde estudió Filosofía y Psicología durante un año. Sus intereses principales giraban en torno a los filósofos románticos en general y al idealismo hegeliano en particular.⁵

Continuó sus estudios en Leipzig y Berlín. En Alemania estudió con Wilhelm Wundt, cuyo concepto de *gesto* tuvo una gran influencia en el posterior trabajo de Mead. En 1893 fue convocado por John Dewey para trabajar en la Universidad de Chicago, donde llegaría a ocupar la función de Director del Departamento de Filosofía hasta su muerte, en 1931.

Entre 1910 y 1920 trabajó intentando integrar la Teoría de la Relatividad de Einstein a su cosmovisión unificada de todas las ciencias (Baldwin, 1986: 10)⁶. Logró construir una cosmología evolutiva basada en Darwin y en Lamarck que intentaría resolver los problemas filosóficos en términos de emergencia.

A lo largo de su vida George Mead no desarrolló una obra sistemática. No sólo incursionó en diversas disciplinas como la psicología, la sociología y la filosofía, sino que sólo llegó a escribir artículos y publicar algunas de sus conferencias. Esta situación retrasó la recepción de Mead en el campo de la filosofía, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, siendo las obras que hoy conocemos ediciones de sus conferencias, clases y notas recopiladas póstumamente por sus compañeros y discípulos.

Entre las obras más importantes contamos con *The Philosophy of Present*⁷ (1932), que recoge las Conferencias *Carus* que dictó en el Encuentro de la *American Philosophical Association* en

⁵ La recepción de Hegel que recibe Mead, se da a través del pensamiento de Josiah Royce (Faerna, 1996: 37)

⁶ Todas las traducciones de la obra de John D. Baldwin son propias.

⁷ Trabajaremos con la edición castellana: Mead, G.H. *La filosofía del presente*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado, 2008.

1930, y George Herbert Mead. *Mind, Self and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*⁸ (1934), compuesto por series de notas y resúmenes de estudiantes de sus cursos, y manuscritos inéditos de Mead hallados en su estudio.

La filosofía en contexto: en búsqueda de una ciencia unificada

Siguiendo el análisis propuesto por John D. Baldwin (Baldwin, 1986), la obra de George Herbert Mead puede leerse en términos de una cosmovisión unificada. Dos temas principales recorren toda su escritura: una fuerte apuesta al método científico que dará lugar a una cosmovisión empírica del mundo y una oposición constante a cualquier clase de dualismo. Las visiones dualistas son las responsables de los grandes problemas metafísicos de la historia de la Filosofía que Mead intentará disolver con un análisis de la experiencia que se base en métodos empíricos. Para lograrlo realizará una organización sistemática de los conocimientos científicos disponibles en su tiempo, intentando evitar cualquier supuesto metafísico.

En su búsqueda de una visión científica unificada se propuso crear una cosmología empírica integrada del conocimiento humano, desdibujando los límites tradicionales entre *Natur* y *Geisteswissenschaften*¹⁰ (Baldwin, 1986: 23).

“Aplicando el mismo método y criterios científicos a todas las facetas del cosmos, los pragmatistas construyeron los principios de una visión unificada de todo el conocimiento empírico, es decir, una cosmología empírica” (Baldwin, 1986: 24).

Según Mead, las teorías científicas deben ser constantemente reconsideradas a la luz de los nuevos problemas y desafíos que surgen. No hay ninguna expectativa de acercarse a una verdad inmutable porque el conocimiento científico se basa en un cuerpo de teorías cambiantes, “la ciencia es un sistema de resolución de problemas que trabaja hacia la unidad, sin la expectativa de llegar a un estado estático final” (Baldwin, 1986: 25).

Como todo el conocimiento está vinculado de manera orgánica, un avance en cualquier área de la ciencia hace necesaria una revisión del resto de los saberes desarrollados hasta el momento.

La perspectiva filosófica correcta es una visión organicista que intente vincular todo el conocimiento en un sistema integrado.

Mead, entretejió la Teoría de la Relatividad, la evolución estelar, la evolución biológica y la evolución de la consciencia para crear una teoría empírica unificada de la emergencia. Mead trazó una historia de las ideas- especialmente las que involucran a la ciencia- que conformaron el pensamiento filosófico del siglo XIX. Este y otros escritos revelan que Mead organizó una gama enorme de la Historia de la ciencia y la Filosofía, en un todo significativo. (Baldwin, 1986: 28).

⁸ Trabajaremos con la edición castellana: Mead, G.H. (2010). *George H. Mead. Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona: Paidós.

⁹ Pese a trabajar con la edición castellana que traduce *Mind* por Espíritu y *self* por persona, decidimos utilizar la palabra mente cada vez que se hace referencia a la noción de Espíritu y conservar la palabra inglesa *self* cada vez que aparece el concepto de persona.

¹⁰ Ciencias Naturales o Ciencias del Espíritu.

La teoría de la evolución es fundamental en la teoría de Mead para rechazar a las filosofías dualistas porque ubica el cuerpo y la mente de los seres humanos en la naturaleza. La mente en sí aparece como resultado de un proceso evolutivo en la naturaleza, lo cual permite una teoría naturalista desprovista de conceptos sobrenaturales. No se considera, así, ninguna división entre los procesos biológicos y los mentales o sociales. Los seres humanos son animales que están interactuando con su entorno físico.

George Herbert Mead como filósofo pragmatista y como psicólogo social

En consonancia con las bases del pensamiento pragmatista que desarrollamos en los apartados anteriores, Mead no ve ninguna separación tajante entre las actividades científicas y filosóficas. Charles W. Morris, lo define como un pragmatista en el terreno filosófico y un psicólogo social en ámbito científico (Morris, 2010: 23).

La citada publicación de *El origen de las especies*, de Charles Darwin, había instaurado la doctrina de la evolución biológica y, como hombre de ciencia, Mead iba a pensar su teoría filosófica en total concordancia con la concepción evolucionista. Inclusive, en sus términos: “el organismo humano [...] [y] toda la vida del espíritu, tenían que ser interpretados dentro del desarrollo evolutivo, [...] surgiendo de la interactividad de organismo y medio. [...] Las sociedades mismas tenían que ser vistas como entidades biológicas complejas y adaptadas a las categorías evolutivas” (Morris, 2010: 23-24).

Para Mead, la tarea del filósofo pragmatista debía ser la reinterpretación de la mente y la inteligencia en términos darwinistas ya que, como adelantamos en la introducción, las teorías científicas deben ser constantemente reconsideradas a la luz de los nuevos descubrimientos. En la sección siguiente, quedará claro cuál es el trabajo que realiza Mead sobre las nociones de mente e inteligencia, en términos evolutivos.

Como filósofo naturalista, Mead situaba al hombre pensante en la naturaleza, negando cualquier forma de dualismo entre espíritu y materia, rechazo que se extendería a cualquier tipo de dualismo.

La postulación pragmatista de la importancia de aplicar el método experimental a la filosofía, junto con el ideal democrático que se hacía presente sobre todo en Mead y en Dewey, producirían una “concepción filosófica con una doble preocupación por los hechos y los valores [...]”. El darwinismo, el método experimental y la democracia son las fuentes de la corriente pragmatista” (Morris, 2010: 24).

Como metodología pragmatista, la de Mead se trata de un conductismo no individualista que podría ser nombrado como *conductismo social*¹¹ para diferenciarlo del conductismo de tipo watsoniano.

Con este método, Mead pretende demostrar que el surgimiento de la mente y del *self* sólo se puede abordar en términos sociales y específicamente aspira a encontrar una explicación de este surgimiento dentro de la conducta.

¹¹ Mead, nunca utilizó el término *conductismo social* para referirse a su propia metodología. (Morris, 2010: 24).

La crítica de Mead a la psicología, la sociología y la filosofía de su época es que todas ellas presuponen la existencia de mentes y *selves* para explicar lo social e inclusive cuando intentan abordar las fases de la mente o del *self* en términos sociales no logran aislar el mecanismo de las mismas. “El sombrero mágico de lo social, del que habían de extraerse el espíritu [mente] y la persona [*self*] estaba en parte cargado de antemano” (Morris, 2010: 27).

Para Mead, la mente y el *self* son emergentes sociales que surgen en el proceso de la conducta, y el lenguaje, en la forma del gesto vocal, suministra el mecanismo para su emergencia. Así, logra explicar cómo “ciertos organismos biológicos adquieren la capacidad de tener consciencia de sí mismos” (Morris, 2010: 29).

Por último, antes de sumergirnos de lleno en la teoría de Mead, quisiéramos reflejar cómo el autor propone una solución pragmática frente al problema que enfrenta el pensamiento científico cuando somete sus teorías a la prueba de la observación, pero, a su vez, acepta que los datos de la observación son subjetivos y mentales. (Morris, 2010: 31-32).

El mundo de la ciencia es algo cuyo origen debe ser buscado en la experiencia.

El mundo tal como es concebido por la ciencia, se encuentra dentro del mundo más amplio y más rico de lo que es experimentado; en lugar de ser el mundo ‘real’ en términos del cual se puede despreciar al mundo tal como es experimentado, el mundo de la ciencia es algo cuyo origen debe ser buscado en términos experienciales (Morris, 2010: 32).

Lo físico, de lo que se ocupa la ciencia, es *experiencialmente* derivado de lo social. El contenido del mundo de la ciencia es lo común y aceptado como verdadero por varios observadores, o sea, el mundo de la experiencia social. Hay una parte de la experiencia del mundo que es privada, pero también hay una parte que es social y las formulaciones de la ciencia son parte de este segundo tipo de experiencia.

La experiencia no es mental ni individual porque tiene una dimensión social, se da en un campo con otros y, por eso, Mead tiene derecho a formular el tipo de conductismo social, no individualista, que propone.

> La filosofía de la Historia de G.H. Mead

La naturaleza del presente, del pasado y del futuro

A partir de una concepción pragmatista y antidualista desarrollada en *Espíritu, persona y sociedad*. Desde el punto de vista del conductismo social, Mead afirma en *La filosofía del presente*, que la realidad siempre existe en un presente. El presente implica, por definición, un pasado y un futuro. Pero para hablar de un presente se debe negar la existencia actual del pasado y del futuro.

Esta concepción del presente se opone a la teoría de Whitehead que sostiene que, dado que los presentes especiosos¹² varían en amplitud temporal, es posible concebir un presente que se extienda hacia el pasado y hacia el futuro, que incluya toda la realidad temporal, eliminando la necesidad de postular la inexistencia actual de un tiempo pasado y de un tiempo futuro (Mead, 2008: 193).

Para Mead un presente especioso que incluya toda la realidad temporal no sería un presente. Porque el pasado que debiera desaparecer no habría dejado de existir y el futuro ya estaría vigente. La naturaleza esencial del presente es “su devenir y su desaparecer”. Un presente eterno no es un presente y no se puede decir que *existe*. Para la teoría meadeana el mundo dado a la experiencia es un mundo de acontecimientos (*events*) (Mead, 2008: 194).

En cuanto a los pasados en los que estamos implicados, Mead sostiene que son a la vez revocables e irrevocables (Mead, 2008: 195). Desde la perspectiva pragmatista, para la investigación histórica es ocioso concebir un pasado real y fijo al que se pueda acceder para realizar descubrimientos. Además, un pasado fijo nunca podría asirse. Porque para que un pasado exista como tal, debe enfrentarse con un presente en el que aparecen emergentes y, cuando esto ocurre, el pasado que siempre se mira desde el emergente que acaba de surgir se convierte instantáneamente en un pasado diferente.

Pese a que Mead utiliza en *La filosofía del presente* la noción de emergente sin definirla, podríamos decir, recurriendo a en *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social* que la novedad ocurre de manera constante en la naturaleza y el reconocimiento de lo novedoso tiene su expresión en términos generales en el concepto de emergencia. La emergencia implica una reorganización, pero la reorganización trae a su vez, algo que no estaba allí anteriormente (Baldwin, 1986: 41).

El historiador comprende que su investigación será revisada en el futuro. Este futuro es posible en la medida que describa el pasado de un modo diferente a como lo hace el historiador en la actualidad. El futuro, para existir, debe ser diferente al presente y esa diferencia se basa en una nueva descripción del mundo que fue.

En la teoría de la naturaleza del pasado de Mead, el carácter de irrevocabilidad de aquel nunca se pierde.

Lo sucedido es irrecuperable, y, fuera lo que fuese, su ingreso en el pasado parece hacerlo inasequible a la influencia de los acontecimientos que puedan emerger en nuestra conducta o en la naturaleza. Lo que cambia es ese ‘lo que fue’, título de irrevocabilidad aparentemente vacío con que se marbetea lo que quiera que llegue a ser. La importancia de su ser irrevocable corresponde a su ser ‘lo que fue’, y ese ‘lo que fue’ no es irrevocable. (Mead, 2008: 196).

¹² George Herbert Mead fue discípulo de Whitehead, quien desarrolló junto a Bertrand Russell una teoría acerca del conocimiento directo del pasado. En ella se define al presente especioso como el remanente en la consciencia de algo que acaba de suceder, que ya no es pero que de todos modos todavía no acaba de dejar de ser. Russell aporta el ejemplo de campanas que han dejado de sonar, pero que todavía retumban en nuestras mentes. Esta experiencia del presente especioso nos daría un conocimiento directo del pasado a partir del cual se formaría el concepto de *pasado*.

Para Mead, la cognición, y por tanto el pensamiento, es reconstructiva. Esta afirmación está fundamentada en *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*, porque la reconstrucción de las distintas posibilidades que se realiza a través del lenguaje es esencial para la conducta de un ser inteligente en el universo.¹³

El universo cambia de manera constante y con cada cambio se convierte en un nuevo universo. La inteligencia es parte de este cambio que forma parte, a su vez, de un proceso de ajuste y adaptación¹⁴. Lo distintivo de la inteligencia es que se trata de un cambio que implica una mutua reorganización. Es una herramienta utilizada por los seres humanos para tener control sobre su entorno y mediante ella se genera un reajuste del organismo y una reconstrucción del entorno (Mead, 2008: 197).

En este proceso adaptativo surge la llamada inteligencia consciente¹⁵. Esta hipótesis fue desarrollada en *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*, en su análisis sobre el surgimiento de la inteligencia reflexiva en el marco de la evolución del ser humano, transitando los conceptos de consciencia perceptual y de consciencia del significado. Pero en *La Filosofía del Presente* Mead agrega que

(...) la consciencia es tanto la diferencia que surge en el entorno a causa de su relación con el organismo en su proceso orgánico de adaptación, como también la diferencia que en el organismo produce el cambio que ha tenido lugar en el entorno. Nos referimos al primero como significado y al segundo como ideación (Mead, 2008: 197).

Como se sostiene en *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social* Mead distingue entre diferentes niveles de consciencia: consciencia perceptual, consciencia del significado e inteligencia reflexiva. Ésta última, que desarrollaba un papel clave en la emergencia del *self*, es la única que implica cognición y pensamiento.

Hay una consciencia de la existencia del mundo que está dado a la experiencia, del mundo que está ahí en relación con el organismo y con el individuo. Un mundo que establece las condiciones para la adaptación del organismo con el medio y el reajuste correspondiente que se generará en el mundo. Y ese mundo que está ahí, del que el individuo humano tiene consciencia, incluye su pasado. Un mundo dado incluye un pasado dado.

La tarea del historiador

La teoría de la naturaleza revocable del pasado no implica que la propuesta meadeana caiga en el escepticismo. El método de investigación que defiende Mead sostiene que el historiador debe ser capaz de reconstruir el pasado y su investigación debe tener una *pretensión de verdad* y debe ser una explicación autenticada del pasado.

¹³ Para entender esta afirmación con mayor profundidad, el lector puede acudir a los apartados sobre la Inteligencia reflexiva en *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*.

¹⁴ La teoría de Spencer en la que Mead se basa para gran parte de su filosofía de la naturaleza diferencia *adaptación*, como un cambio del organismo con respecto al medio, de *ajuste* o *reajuste* como un cambio interno, pero mutuamente referido que se produce en el organismo y en el medio (Mead, 2008: 196).

¹⁵ La inteligencia consciente tiene su paralelo en el concepto de inteligencia reflexiva desarrollado previamente en *George Herbert Mead. Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*.

Nuestra propuesta consiste en mostrar que, desde este punto de vista pragmático que defiende Mead, es posible que la investigación teórico-filosófica tenga una pretensión transformadora de la experiencia presente y que a partir de este cambio en el presente se re-estructure su pasado, sin necesidad de postular un dualismo del tipo concepto-experiencia pero, al mismo tiempo, rescatando la posibilidad del conocimiento histórico.

¿Cómo es posible satisfacer, entonces, la pretensión de una investigación histórica rigurosa en la que el pasado es organizado en base a su presente?

En otras palabras, nos preguntamos de qué modo un presente puede dar cuenta de su pasado.

Los historiadores utilizan un aparato específico para abordar sus investigaciones, se sirven de materiales que se encuentran en el presente como documentos escritos, testimonios orales y restos históricos. Utilizan este aparato conceptual y material para responder a las cuestiones históricas que aparecen como incógnitas en el presente. Tanto este aparato metodológico como sus materiales y parte del mismo pasado pueden ponerse en duda, pero ni siquiera los escépticos más radicales pueden negar que recuerden su doctrina y, por lo tanto, se debe aceptar que siempre hay *algún* pasado implicado, aunque no se sepa *qué* pasado exactamente.

Si al historiador le es imposible escapar a la irrevocabilidad del pasado, ¿Mead quiere decir que hay un pasado fijo e independiente de la reconstrucción que se haga en el presente? En palabras de Mead, “¿qué queremos decir, entonces, con la proposición de que ha habido un pasado real, con todos sus acontecimientos, independiente de todo presente, cuyos contenidos vamos descifrando lenta e imperfectamente?” (Mead, 2008: 199).

Podemos admitir provisoriamente que hay una referencia empírica y evidente a un pasado irrevocable y que éste es el sustrato real para resolver todos los problemas que puedan surgir en la investigación. Los historiadores corrigen sus hipótesis respecto del grado de evidencia que tengan a favor o en contra de las mismas. El grado de probabilidad de las hipótesis implica la aceptación de la existencia de una realidad que se descubre en la medida en que se avanza con la investigación.

Si cualquier descripción del pasado puede ponerse en duda en un futuro, aceptamos un pasado incuestionable en el que se pueden encontrar respuestas a todos los problemas que el historiador pueda concebir. En palabras de Mead, “¿tiene éste [el pasado] algún sitio, como presuposición, en nuestro pensamiento?” (Mead, 2008: 199).

La respuesta de Mead va a ser negativa. Pero la propuesta meadeana va un paso más allá porque se afirma que, aun si elimináramos el presupuesto de un pasado irrevocable, el aparato que utiliza el historiador para acceder al pasado y su funcionalidad no sufrirían ningún perjuicio. Porque la referencia de los problemas de los historiadores es siempre el pasado dado en la experiencia presente y, por lo tanto, las hipótesis se confrontarán con ese pasado dado y no con uno exterior a la experiencia.

Ese pasado puede ser revisado en un futuro, pero la posible incerteza del pasado no afecta la tarea del historiador porque el escepticismo nunca llega a abarcar la totalidad de los pasados posibles.

La única demanda que se puede hacer al historiador es la pretensión de que todos los pasados pretéritos sean explicados y estén contenidos en la versión más reciente que nos disponemos a aceptar (Mead, 2008: 199). Pero el método de investigación histórica parece presuponer la existencia de una explicación correcta y no se puede escapar a las implicancias que dicha metodología implica sobre la realidad del pasado. Si la tarea del investigador es el descubrimiento de los sucesos del pasado, lo que se puede llegar a descubrir está *ahí* tanto si se descubre como si no.

No obstante, pienso que esta última aseveración es errónea, si se supone que implica que hay o ha habido un pasado independiente de todos los presentes, pues en cualquier presente con su pasado propio puede haber- y sin duda lo hay- un vasto campo que no descubrimos, y que, tanto si lo descubrimos como si no, adoptará un significado diferente y su estructura como acontecimiento será diferente cuando se lo contemple desde un punto de vista posterior (Mead, 2008: 200).

Esta es la tesis fuerte de la concepción meadeana: un pasado independiente de todo presente no puede existir porque el descubrimiento de un dato sobre el pasado implica la consciencia de un pasado dado. Dicha consciencia surge de un cambio interno mutuamente referido del organismo y el medio. Este proceso de ajuste y reajuste cambiará al mundo en su significado y su ideación. Cada descubrimiento que se hace en el presente sobre un pasado dado produce una adaptación del entorno al organismo y el reajuste correspondiente que en el organismo produjo el cambio en el entorno.

Cada descubrimiento emergente cambia el presente dado a la experiencia y, por lo tanto, cambia el pasado dado de ese nuevo presente. Esto no puede ocurrir cuando no hay emergencia, cuando no hay un descubrimiento, por lo que sería imposible que el pasado esté ahí, tanto si lo descubrimos como si no.

El presente, según Mead, es aquella dimensión del tiempo en la que existe la realidad, pues todos los materiales con los que el pasado y el futuro se construyen están en el presente. De manera que la referencia del pasado no se encontrará en un acontecimiento o cadena de acontecimientos independiente, aislada y separada del presente, sino que se hallará en esta última dimensión temporal entendida como acontecimiento, es decir, entendida como presente en su estar pasando.

Para Mead es falaz pensar que si nuestra tarea como investigadores es la del descubrimiento entonces sólo podamos descubrir aquello que está ahí, lo descubramos o no. Porque concebir un pasado independiente de todos los presentes, en el que vamos descubriendo nuevos datos, que están fijados a priori tanto si lo descubrimos como si no, implicaría pasar por alto que un pasado adoptará un significado diferente y su estructura como acontecimiento será diferente cuando se lo contemple desde un punto de vista posterior, el punto de vista de su propio presente.

Desde el momento en que tomamos esos presentes anteriores como existentes aparte de su presentación como pasados, dejan de tener significado para nosotros y pierden todo el valor que podrían tener para interpretar nuestro presente y determinar nuestros futuros.

Si esto es así, nuevamente podemos pensar en un pasado revocable, que sin embargo puede ofrecernos claves interpretativas en el presente. Este pasado tiene, según Mead, el carácter de lo provisorio; es un pasado hipotético.

El problema de la referencia al pasado del historiador

Si se considera al pasado como una construcción armada desde el presente se evita caer en posiciones en las que el pasado aparece como inmutable y definitivo: las reconstrucciones y reinterpretaciones que de él se hacen tienen el carácter de lo cambiante. Sin embargo, y al mismo tiempo, las formulaciones del pasado refieren a algo que desde el presente es construido como pasado.

Volviendo a la pregunta sobre la posibilidad de un pasado real independiente de todo presente, y la respuesta negativa de Mead al respecto, se plantea el problema de cuál es la referencia al pasado del que hablan los historiadores.

Siguiendo a María Verónica Tozzi,

Si el significado en cuanto referencia se aplica a un real y si está en la naturaleza del pasado el no existir más, entonces, o bien no hay referencia -en tanto el pasado del que hablan los historiadores efectivamente ya no existe más y no puede ser referente del lenguaje histórico-, o bien el pasado al que refieren los lenguajes históricos no es el pasado en sí, sino el pasado en el presente, el 'lo que fue' para mí o para nosotros ahora en nuestro presente (Tozzi, 2012: 21-35).

Para Mead, el pasado al que refieren los historiadores es el pasado construido en un presente que no refiere a acontecimientos independientes del mismo. El pasado del historiador refiere a "aquella fase condicionante del presente que está pasando que nos remite a determinar una conducta en referencia al futuro que está también surgiendo en el presente" (Mead, 2008: 218).

La referencia del pasado es a una interpretación del presente en su pasar. La interpretación se encuentra en el presente, así como todos los materiales con los que el pasado se construye. Estos materiales no apelan a un pasado real que se utilizaría para contrastar las hipótesis del historiador. El pasado no es un manuscrito inteligible en sí mismo. La certeza sobre un pasado se funda en la evidencia histórica con la que el historiador elabora un pasado que a su vez se juzga por la aceptación que la comunidad le da a dichas pruebas en el presente y no por la congruencia entre el pasado construido por el historiador y uno real e independiente.

Para Mead es posible aceptar, sin caer en ninguna contradicción, que el pasado es revocable y que ninguno de sus elementos es definitivo sin renunciar a una referencia a algo que ocurrió. Pero

eso que ocurrió en otro presente no puede revivir en el actual. Detrás de nuestro presente hay una serie de presentes pasados que son la referencia de las construcciones de los historiadores y que no se pueden alcanzar.

Pero,

incluso, si pudiésemos devolver su realidad a esos pasados, esa no sería la explicación que anhelaban [los historiadores]. Si pudiésemos devolver el presente que se ha ido a la realidad que le pertenecía, no nos serviría. Sería aquel presente y carecería precisamente del carácter que le pedimos al pasado, esto es, esa construcción de la naturaleza condicionante del presente pasar que nos permite interpretar qué está surgiendo en el futuro que pertenece a este presente (Mead, 2008: 219).

El pasado al que refiere el historiador tiene el mismo status que el futuro que se imagina: ambos son mentales. ¿Es, entonces, posible defender que una interpretación histórica es *mejor* que otra? ¿Cómo decidir entre interpretaciones del pasado si éstas son incontrastables con un pasado real?

Los historiadores refieren a un pasado inalcanzable, pero siempre existen más conocimientos que sería deseable tener para solucionar los problemas que emergen en el presente al interpretar un pasado. Si se puede concebir la posibilidad lógica de alcanzar ese conocimiento se podría construir un pasado más fiel al presente que abarcara todas las implicaciones posibles de ese pasado.

Si se dispusiera de todos los documentos históricos posibles de un momento dado podríamos construir una imagen más verdadera de ese pasado. Esa sería una verdad perteneciente a *este* presente que sería reconstruido en el futuro desde la emergencia de la nueva actualidad. Pero en lo que concierne a *este* presente sería un pasado definitivo. Esta es la verdadera referencia de “los enunciados que van más allá de lo que puede aseverar el historiador, y al que tenemos tendencia a asumir como un pasado independiente de todo presente” (Mead, 2008: 220).

El lugar de la libertad en la escritura del pasado: emergencia y necesidad

Los historiadores aceptan la emergencia como un nuevo acontecimiento que no se encontraba allí previamente, pero, a la vez, afirman que hay una relación de necesidad entre el pasado y el presente. Lo emergente deja por lo tanto de ser emergente y se sigue necesariamente del pasado.

La naturaleza racionalista del hombre persigue un universo donde cada evento surja inevitablemente de lo que le precedió, reduciendo la emergencia a la mínima expresión posible. Cuando aparece lo emergente se intenta racionalizarlo mostrando que las condiciones que determinaron la posibilidad de su aparición pueden encontrarse en un pasado. Ocurra lo que ocurra, sin importar cuál sea el emergente, ocurre bajo condiciones determinantes.

El rasgo distintivo del pasado es su irrevocabilidad, éste condiciona el presente y hace posible su existencia. Este condicionamiento revela que el pasado debe haber sido de *determinada* manera para que el presente sea lo que es (si el pasado hubiera sido de otro carácter, el presente sería

otro). De manera que no sólo se acepta que el pasado es antecedente del presente, sino que hay una relación de determinación causal entre el pasado y el presente (Murphy, 2008: 170)¹⁶.

Pero la teoría de la emergencia propone que el presente es novedoso y que no hay una completa determinación del pasado. “Un presente, si es algo real y absolutamente nuevo, incluirá un elemento de discontinuidad temporal y causal” (Murphy, 2008: 171).

Para conciliar el determinismo implicado en su teoría de la naturaleza del pasado y la novedad de la emergencia de su teoría del tiempo presente, Mead postulará que: antes de que lo emergente ocurra, no se sigue del pasado. El pasado no contiene el emergente. Pero una vez que ha ocurrido, los historiadores reconstruyen la experiencia en función de él, alteran su interpretación para concebir un pasado del que se sigue la novedad que emergió, eliminando la discontinuidad del presente.

Este conjunto de leyes que utiliza el historiador para dar cuenta de la relación entre pasado y presente suplanta el carácter de improvisto del nuevo presente. Pero “estas leyes no pudieron formar parte de ningún pasado previo, pues en los presentes en relación con los cuales existieron esos pasados ese elemento emergente no existía” (Murphy, 2008: 171).

Cuando aparece lo emergente siempre se interpreta que se sigue del pasado. Antes de que aparezca no se sigue de él, pero una vez que apareció, se acepta un punto de vista desde el que se descubre que el emergente se sigue del pasado. Pero un pasado que determine al presente de forma causal niega por completo la emergencia. Y por otro lado, si el emergente es totalmente ajeno e irracional (en el sentido que no se lo puede racionalizar para ser presentado como efecto del pasado) pareciera hacerse de él un elemento misterioso.

El emergente es racionalizado en un presente, y para el pasado de ese presente la novedad se seguirá de circunstancias condicionantes, pero no se seguía de ellas previamente.

En tanto que condición del presente, el pasado variará, entonces, como varía el presente, y surgirán ‘por detrás de nosotros’, en el curso de la evolución, nuevos pasados en la medida en que cada presente ‘marca- y en cierto sentido selecciona- lo que ha hecho posible su peculiaridad propia. (Murphy, 2008: 171).

> Bibliografía

- » Baldwin, John D. (1986). *George Herbert Mead. A Unifying Theory for Sociology*, U.S.A: Sage Publications Inc.
- » Bernstein, R. (1993). “El resurgir del pragmatismo”, trad. Elivira B. Bronheim, en *Philosophica Malacitana*. Suplemento número 1, pp. 11-30.
- » Faerna, A. (1996). *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*, Madrid: Siglo XXI.
- » Germani, G. (2010). “Presentación” en *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires: Paidós.

¹⁶ Murphy, A. (2008). “Introducción”, en Mead, G.H. *La filosofía del presente*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín oficial del Estado.

- » Mead, G. H. (2008). *La filosofía del presente*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado.
- » Mead, G. H. (2010). *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires: Paidós.
- » Mead, G. H. (1982). *The Individual and the Social Self: Unpublished Works of George Herbert Mead*, edited, with an Introduction, by David L. Miller, Chicago and London: University of Chicago Press
- » Morris, C. W. (2010). "Introducción" en *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires: Paidós.
- » Murphy, A. E. (2008). "Presentación" e "Introducción" en *La filosofía del presente*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado
- » Tozzi, V. (2012): "Pragmatist Contributions to a New Philosophy of History" en *Pragmatism Today*, pp. 121-131.
- » Tozzi, V. (2012): "Hayden White, la crítica (meta) histórica y la democratización de la cultura" en *Art Cultura*, Vol. 14, Brasil, 21-36.
- » Tozzi, V. (2008): "Hayden White y una filosofía de la historia literariamente informada", en *Ideas y Valores*, Vol. 58, Número 140, pp. 73-98.